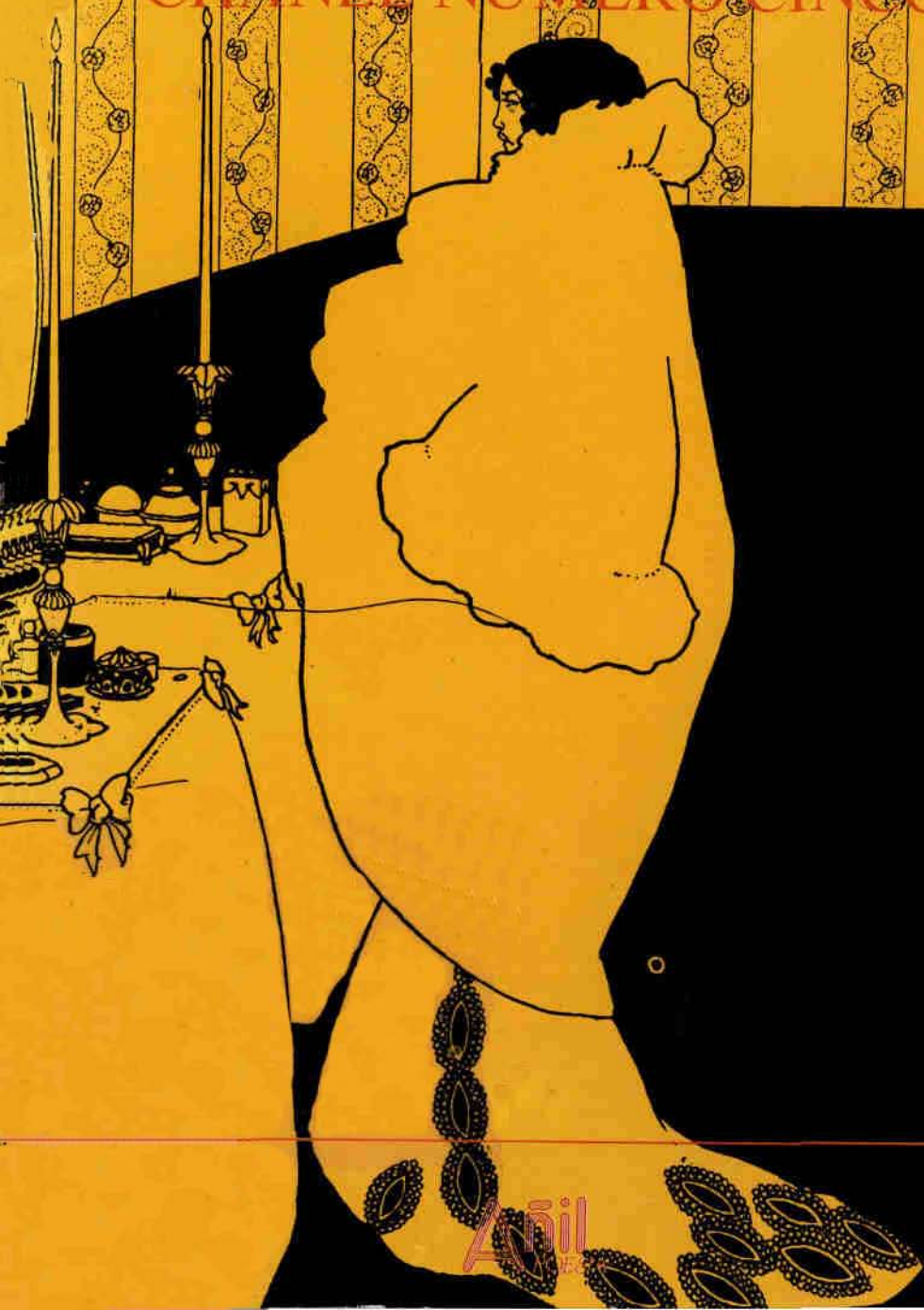


Dolores Campos-Herrero

CHANEL NUMERO CINCO



Añil
POESIA

5

HA/EDITOR

CHANEL NUMERO CINCO

Dolores Campos-Herrero

CHANEL NUMERO CINCO

AÑIL / POESIA

5

© HA/EDITOR (1985)
© D. Campos-Herrero (1985)
Colección diseñada y dirigida por
Domingo Báez, Juan José Delgado,
Domingo-Luis Hernández, Manuel V. Perera.

Cubierta: Aubrey Beardsley («La dama de las camelias»).

Fotocomposición, fotomecánica,
impresión y encuadernación:
GRAFICAS TENERIFE, S.A.
Ctra. Gral. del Sur, km. 6,5 - Taco
Santa Cruz de Tenerife (I. Canarias)
Dep. Legal: TF. 475/85
ISBN 84-86338-08-5

LA UTILIDAD DE LLAMARSE DOLORES

Son versos fatigados de sentir. De acostarse cuando la noche se vuelve madrugada. Cansados de bogar y vagar. De desnudarse en la intimidad o entre muchedumbre.

Son versos que matan. Como las miradas. Como las manos. Como las falsas palabras. Todos huelen a Chanel número cinco pero algunos llevan también ácido sulfúrico, arsénico o nitroglicerina.

Son versos rápidos, fugaces, deletéreos. Llegan y se instalan sin estrépito, sin ostentación. Y se van discretamente. Dejando el puñal clavado. La bala en el espacio intercostal. O el cuello roto. De lo más natural.

Desesperada locura. Mátame lentamente, igual que me amas. Amame frenéticamente mientras me matas. Sigue amando cuando me hayas matado. Te entrego mi vida como antes me entregué a ti. Un último acto de amor. El último. Lo juro. Morir es un placer si eres tú el asesino, amor. Lo trágico y lo grotesco pasean emparejados, como dos amantes.

Afectos sublimes y exagerados que provocan el estupor, el mordisco, la huida. Porque así lo decide la autora. Porque entre lo sublime y la estupidez sólo existe un paso. Ceguera. Ofuscación. Arrebato. Enajenación mental transitoria, dijeron en el juzgado. Ya que no me amas mátame, amor. Anda, mátame si te atreves. Mátame si eres hombre. Un desafío. Macabro y erótico. Celos, violencia, pasión. Y la carcajada final. Estridencia, burla, ironía.

El amor llevado al límite. El goce llevado al límite. Muertes sensuales. Agonías de delirio. Tanta turbulencia, tanta vehemencia. Tanta parodia. Es mentira, no te lo creas. Pero si no ha ocurrido nada. La pistola de plástico y manchas de jugo de tomate. Todo fingido. ¿Verdad, verdad, amor? No, por favor, no cierras todavía la tapa del ataúd. Deja al menos que siga contemplándote mientras viene el enterrador.

Y queda la duda. Una duda que asusta. La duda de hasta dónde la risa, la burla, el disparo son sólo meras caricaturas. Poesía de sexo y crimen. De ciudad lúgubre. De tomárselo con filosofía y con *anfetas*. De amor a través de la muerte. De orgasmo a través de la muerte. Muy fuerte y muy tremendo pero con empaque. Traje de noche, perfume francés, coche deportivo y sin perder la cortesía.

Dolores siempre buscando. Siempre amor. Infinito. Siempre buscando que te amen y que te asesinen. A cada nueva resurrección. Más quiero sufrir pasión y dolores que estar sin amores. Ya te han matado tropecientas veces, ¿nunca escarmentarás? Dolores Campos-Herrero, no se haga usted la loca, le estoy hablando. Responda.

Son versos de almohada oprimida y de *corazón destrozado*. De volver con la frente marchita y de nunca me tendrás.

Son versos de sonrisa angelical y medias de encaje. De camisón de princesa. De flores en la mesilla de noche junto al frasco de somníferos.

Son versos que besan. Pero con el beso de Judas. Que abrazan. Pero que aprietan demasiado. Se deslizan furtivamente. Con modestia. Nos parecen inofensivos. Hasta que explotan.

M. ARROYO

APRESAR EL SUEÑO ANTES DE CONTEMPLARLO

Vivenciarlo en la escritura –espacio a poblar de gestos iconográficos, signos de nuevos símbolos, jeroglífico que es siempre recorrido de la ensoñación, de la iluminación, al fin poesía: intuición visionaria del conocimiento y su zona del otro lado–; y proclamarlo aventura de la percepción.

Automatismo, sí, como seducción del poder de la imaginación, del propio ensueño y la inducción de sus imágenes. Proliferación y toda la magia del mundo en la reescritura: un desafío a los hábitos racionales y una entrega a nuestras visiones oníricas.

Forjar esas imágenes llevados por la exaltación del descubrimiento. Circunscribir el sueño, sensualizar su inscripción: operación poética que a veces es un pozo sin fondo, negro como el dolor y *la bruma, ese espacio de nadie*, que Dolores Campos-Herrero conoce. Inapresable.

Yo sueño el mundo, por tanto el mundo existe tal como yo lo sueño. He ahí una certeza y luego la alquimia que desvelará la expresión de un drama, casi siempre.

Un sueño –alteridad del drama–, encaramado en el poema: he ahí la fascinante revelación del yo más insondable por la vía del otro logos. Intuición y escritura unidos en una relación inédita: apelación rigurosa a la escritividad.

Así, más allá del dato biográfico –Dolores Campos-Herrero–, ese instante de su ensueño contienen un alma toda. Incluso la memoria de su pertenencia al mundo.

Dolores y su piel, Dolores hacia sí misma. Memoria que ella evoca desde la pérdida de la inocencia. Plena de otredad y de posesión, ella conoce las ambivalencias del terreno. *Ithaca* es el espejismo que no nos deja desvivir el viaje.

En ese espacio emblemático de la página en blanco, Dolores va desvelando un temperamento onírico que tiene que ver con nuestra propia perplejidad y desolación. Escritura poética que se nutre del privilegio de esa vida imaginaria, que subyace irreversiblemente a su experiencia.

Imaginario que acta esa invitación al viaje, al centro del centro. *Tren que atraviesa la noche / destino ignorado*, escribe ella.

Deseo de metáfora: esa es la voluntad sobre el blanco. Metáfora que luego es proliferante en matices y tonalidades: silencio, luz, ternura, frío, soledad, altura.

Invocación de la identidad desde esa herida de la hendidura y el sueño de su conciliación. Opuestos bien engarzados que devienen entusiasmo y dolor de la lucidez.

Plenitud del mar y sus visiones frente al desierto del cuerpo deshabitado. *Geografía del harakiri*, concluyente metáfora que nos hiere.

Escritura paradójica que concede ese preciso valor polisémico a un orbe poético, donde nos miramos al espejo. Sugerencia y no resolución de verdad. Un sueño apresado: territorio del poema.

CRISTINA R. COURT

LA VERDADERA HISTORIA DEL ESTRANGULADOR DE BOSTON

Como un ciego, desliza sus manos por el paisaje sin ríos de mi cara. Pronuncia la sentencia y prosigue su lento recorrido: sus ojos, húmeda obsidiana, fijos en la loca evolución de sus manos que trepan, que se engarzan en marañas inexistentes y simulan caricias. Desciende por los labios, casi blancos, y se detiene.

Palpita mi garganta como palomas.

Me palpa el cuello, la cara y tiemblo como si me besase...

Y mientras él..., yo me río, insensata...

Y luego sobre el cuello, levísimas marcas rosas parecerán hablar todavía de vida.

Pero estará mi gesto
y estará mi cuerpo
derramado en el suelo

El primer encuentro, al final de una tarde de Otoño,
fue en un parque de púrpura
entre el rugido de los tigres en el cine del barrio
y falsas violetas sin olor en mi vestido.
Después vinieron tantos, tantos encuentros
que ya cierro los ojos
y dejo que tus manos diestras manejen el escarpelo.
Te amo, no me haces daño
pequeño jack

No te pongas triste,
después de todo no es nada grave.
Anda, tómate una copa,
vete al bar con los amigos.
No te pongas triste,
ya sé, al principio,
te costará un poco, esas cosas:
la casa vacía, nadie a la hora
del desayuno,
el periódico a solas,
qué fastidio tener que lavarte
tú la ropa.
Pero hombre, encima no te enfades
conmigo,
después de todo acabo de suicidarme
y es la primera vez.

Y luego el barco zarpó sin él.
Quedó en un callejón oscuro,
sin nombre,
sin origen,
sin destino.
Era sólo un cuerpo más, rescatado
de las ruinas del tiempo.

Sólo quedará la bruma
ese espacio de nadie
y sin palabras
y todo lo más
el gesto culpable
de vivir desnudos
derrotados

No sé a dónde conduce la escalera
Pero subo uno a uno los peldaños
Y derramo suspiros
Como una reina destronada.

Pero no te enfades, mi vida,
sólo te he seguido cuatro calles o más.

**PAREJA IDEAL
(MÁS ALLÁ DE LA MUERTE)**

Como vuelvas a llamarme imbécil,
te dejo,
lo juro que te dejo,
recojo mis cosas, escribo a mamá,
me levanto y te dejo solo en el ataúd.

Hará frío
y buscarás calor en la mirada
de los que como tú, se acodan
en la barra
y, otra ronda camarero,
hacen recuento de los últimos males,
de las últimas pesadillas,
de los últimos paseos sonámbulos.
Pero aquí no, aquí el frío
no se ahuyenta, aquí el frío se instala
para siempre,
Y el alcohol
sólo nos llena de luces y fantasmas.

Mira, ábrete paso, nadie te sigue,
estamos solos.
Mira, ya que lo dices es verdad
tengo un poco de miedo,
antes de llegar al callejón
dame la mano.
Cierro los ojos y la noche
está nada más que en tu pelo.
Déjame jugar.
Da lo mismo no quiero saber la
hora, tienes corazón y todo,
y late bajo mis dedos,
bajo la noche, bajo la llama
que tú soplas y se apaga; se apagan
la luz y la noche y se duermen mis
dedos que sentían, tic tac, tu corazón.
No marques las horas, reloj.
No te duermas. Yo digo,
mira te quiero,
nadie nos sigue, ábrete paso.
Estamos solos y te quiero, mira.

Cortó las amarras, el buque fantasma
deshizo el camino, las brújulas
rozaron el peligro de la piel,
pequeño mapa de ríos cercenados.
Ella sólo quería soñar un poco,
bella durmiente, cenicienta triste.
Imposible princesa de la muerte:
cerró los labios duros
y abrió las puertas de la noche.

*el rumor amarillo del sol naciente nunca,
nunca turbe esta tierra*

Emily Dickinson

nadie sabría hablar de tu ternura

Emily Dickinson

Traía sirenas y barcos hundidos.
Naufragios lentos, ala negra.
Traía caracoles y piel de cera
de ahogados.
Un viento desapacible y tristón
traía la muerte.
Yo esperaba a la puerta,
como siempre.

Era verano,
y me dormía
sobre el calor de las horas
con el mismo impávido sentimiento
con que volvía sobre el recuerdo,
Era verano
y miraba la luz
y las flores mustias.
Casi feliz, comprobé
que los cortes sobre la piel
me devolvían la vida en torbellinos rojos.

Querido, qué ocurrencia
cómo voy a salir sin ti
y las calles llenas de serpentinas
y la luna allá arriba, redonda
llena y sin ti.

Querido, qué ocurrencia
anda, baja de esa silla,
quítate la cuerda
deja de jugar conmigo.

No irás a decirme que te has ahorcado,
las calles están llenas de máscaras,
cómo voy a salir sin ti.

Vendían revistas, lotería, cerillas, tabaco, golosinas.
Había viajeros llenos de plomo y tímidos niños que
asomaban la cabeza. Despedidas; lugareños que levantaban
pañuelos que parecían palomas.
El reloj de la estación diríase que fuera a parar, pero no.
Recuerdo también un joven pálido y el llanto del niño que
asomaba la cabeza.
Marea de gente; siempre hay quien, turbio de jadeo y humo, corre
ya a punto de perder el tren. Y lo pierde y el revisor atraviesa
los vagones y el niño llora porque no le dejan sacar la cabeza
y el soldado impaciente fuma, volutas azules de sueño.
Todo esto me resulta tan familiar...
Desde niña, recorro los andenes
y, sin embargo, siempre tuve miedo de los trenes
que atraviesan la noche –negra vida–
con destino ignorado.

Desnúdate, desnúdate, decía él.
Ella como era tan dulce, tan complaciente,
tan comprensiva se fue quitando la ropa,
prenda a prenda. Soy Penélope, te espero, oh, ven.
mi pequeño Ulises de azúcar;
ella se desnudaba
morosa,
morosamente
amorosamente y acariciaba con los ojos
con los ojos sólo,
cada palmo de su amada piel
de Ulises de azúcar que con premura la urgía,
desnúdate, desnúdate,
y ella, una paloma que temblaba,
una hoja que temblaba,
un infinito temblor a lo largo
y a lo ancho que era como un río que estuviera
a punto de inundarse, a punto de
secarse a punto de...

se desnudó para siempre,
para siempre,
para siempre.

Ya sé que no te importa, amor,
que yo haga o que deshaga
—elevas la indiferencia a
a categorías de rito—
Ya sé que no te importa
el color que elija
o si me quedo a mi pesar
en una compañía que no es la tuya
y que se ofrece generosa de caricias.
Ya sé que no te importa, amor,
si siento o me resiento
de mis antiguos dolores,
si reconstruyo tu cuerpo
y la batalla, si decido,
esta noche, no hablarte, ni llamarte
pero partirme y morir un poco.

Vino
el hombre del saco
y se llevó
mi infancia.

Hermosa y rubia es la princesa
y se enamora de ti
como en los cuentos
y coge tu mano con tal suavidad
que comprendo
de qué manera yo podría romper
tu corazón de porcelana.

Hay mañanas especialmente turbias.
Mañanas como ésta
de abrir los ojos
y no reconocer la dicha
y buscar debajo de la almohada
por si acaso.

Tras una, vino otra, y otra,
y siempre la misma noche,
idéntica a sí misma,
ritual y exacta.
Y nuestros cuerpos
como pequeñas heridas
silenciadas.
Pero por primera vez,
una mañana despertamos
al asombro de las cosas.

Contemplo el vuelo lento de las gaviotas
¿Qué puedo hacer?
Decidieron los dioses que envejecamos solos.

Yo soy quien inventa este juego
inverosímil
trágico

Querido

hay heridas
que ni siquiera se curan con el tiempo.

Y yo le pedí que no me dejara huir más.

con esta sonrisa como una mancha borrosa.

con estos inútiles deseos muertos...

Recorría la madrugada de calles sucias
con mi mejor vestido estropeado
y la sonrisa que estrené para la fiesta.

Amor, eso se lo dirás a todas:
que no sufras,
que no padezcas,
que no sientas, que lo siento.
Pero el disparo,
este disparo todo relámpago,
todo amor, todo instante
—roja confusión y deseo—
es sólo mío
yo soy su único pretexto.

Llegué sigilosa a su cuarto.
Él no dormía, fingía
tan sólo
tan solo como estaba.
Me fui
cuando llegó
la mañana
me fui con el
deseo intacto
y las manos
de acariciar.

Eres sabiamente cruel
y esta noche
practicas
los secretos de tu ciencia
en mí.

Le di mi corazón, como quien ofrece
una copa de su mejor vino.
Y ni siquiera la acercó
a sus labios,
ni siquiera traspasó los umbrales
de la casa encendida.
Era poco, para él, el vino, la copa,
mi corazón, la casa.

Recuerdo la noche como una rosa oscura.
Se deshojaba y los pétalos
caían blandamente a mis pies.
Recuerdo haber perdido su fragancia,
al tacto de las tardes de invierno
y, más que nada, no olvido
aquella sensación de naufragio,
de marchita esperanza,
cuando desde los teléfonos más públicos
yo te llamaba
para que tú –ajeno a mi latido,
ajeno a mi deseo,
al roto corazón que me habitaba–
recitaras –con perfecta sabiduría–
el papel de un vilano de comedia.

Se volvió taciturno, es cierto,
sombrió, atareado;
a cubierto entre cientos y cientos
de papales: cuentas, balances,
acuses
y recibos.
Defendió sus ojos
tras la armadura de unos
cristales,
suficientes dioptrías
como para no verme más.
Descolgó el traje de los sábados
y se lo puso
y no tuvo ni que molestarse
en cambiar de chaqueta,
de sonrisa,
de corbata.
La pena fue suficiente sogá
para ahorcarse.

Como una ciudad desconocida
calles de humo azul
hermosos transeúntes
que nos siguen de cerca.
Un cielo ámbar, luces de colores.
La noche como un animal en reposo.
Y sobre todo el aire quieto
el aire de cristal.
Como a una ciudad desconocida
me asomo
a tus ojos.

Aquella mañana, ella
abandonó la casa como si no pasara nada.
Era tan solo otro día más de vestirse y
y tomar el café caliente
con los ojos aún rendidos por el sueño,
con los ojos pesados,
no por el llanto
o malos recuerdos que cruzan fugaces.
Se pasó la mano por la frente,
pero no para ahuyentar
fantasmas.
Frente a la luz, le lloraron los ojos,
pero no de tristeza,
de algo inconsolable
que recordara de pronto.
Caminaba y tropezó con los últimos
borrachos de la noche
y los miró con pena,
pero no como quien piensa
en alguien amado,
alguien muy amado,
acodado en una barra,
bebiendo con premeditación
y sin excusas
y finalmente atravesó una calle.

Buscó testigos: hombres y mujeres
que la vieron caer bajo las ruedas.
Y se quedó quieta, muy quieta
pero no como si todavía
esperara ser acariciada.

CHANEL NÚMERO CINCO

Sonreía con descaro,
les sonr­eía así a todos,
falsa rubia oxigenada,
portadora sumisa
de la fragilísima onda
que la hacía semejante
a las muñecas de cera de los cines.
Nunca durmió con solo dos gotas
de chanel número cinco, Marilyn hermosa y triunfadora
aunque sola.
Pero soñaba llenar un horizonte de sonrisas
que ampliaran, a escala monumental,
sus dientes perfectos de diosa imperfecta
en gigantescas pantallas que, en realidad,
ocultaban todo un cementerio de chatarra.
Sonreía, también con desmayo, de lecho en lecho
y se repartía, y se vestía,
y se desnudaba, con hastío.
Y ni siquiera supo que existía el nembutal.

AÑIL / POESIA

1. Rafael Arozarena, DESFILE OTOÑAL DE LOS OBISPOS LICENCIADOS. (Prólogo de Domingo-Luis Hernández.)
2. Juan José Delgado, TRES GRITOS FAVORABLES BAJO LAS NUBES. (Prólogo de Manuel Almeida).
3. Juan Pedro Castañeda, POSTERS. (Prólogo de Juan-Manuel García Ramos.)
4. Mariano Vega-Luque, OQUEDAL EN VERANO. (Prólogo de Alejandro Togores.)
5. Dolores Campos-Herrero, CHANEL NUMERO CINCO. (Prólogo de Antonio Arroyo/Cristina R. Court.)

(En prensa)

6. Bernd Dietz, CICLOS, O EL PROGRESO DEL TURISTA.
7. Olga Luis, LAS LUNAS DEL JAGUAR.
8. Félix Casanova de Ayala/Félix Francisco Casanova, VENENOS DE LUZ.
9. Sabas Martín, LA APARIENCIA DEL AGUA.
10. Dulce Díaz Marrero, FIN DE LA LEY.

Son versos que besan. Pero con el beso de Judas. Que abrazan. Pero que aprietan demasiado. Se deslizan furtivamente. Con modestia. Nos parecen inofensivos. Hasta que explotan.

M. ARROYO

Escritura paradójica que concede ese preciso valor polisémico a un orbe poético, donde nos miramos al espejo. Sugerencia y no resolución de verdad. Un sueño apresado: territorio del poema.

CRISTINA R. COURT

HA/EDITOR